



**CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS**



Ofrenda viva para Dios

Venerable Padre Julio María Matovelle

**COLECCIÓN
DE BOLSILLO**

4



**CONGREGACIÓN DE MISIONEROS OBLATOS
DE LOS CORAZONES SANTÍSIMOS**



Ofrenda viva para Dios

Venerable Padre Julio María Matovelle



Ofrenda viva para Dios

Venerable Padre Julio María Matovelle

Primera edición 2016

Quito-Ecuador

ISBN: 978-9942-8540-6-3

© Derechos Reservados

Congregación de Misioneros Oblatos de los Corazones Santísimos

Esta obra se publicó con motivo de los 132 años de presencia oblata en el mundo y de los 87 años de la muerte del Venerable Padre Julio María Matovelle, siendo Superior General el Rvmo. P. Ernesto León Díaz. O.CC.SS.

Ilustraciones:

David Rosero Enríquez

Impresión:

Gráficas Iberia - Quito

Tel.: 25 21 529

ediberia@gmail.com

INTRODUCCIÓN



A Matovelle Ofrenda Viva para Dios

La naturaleza de las relaciones humanas conlleva siempre una entrega, que en determinadas ocasiones se materializa en algo como un ramo de flores, una caja de chocolates, una carta o quizá se manifieste en un abrazo, una sonrisa o un conjunto de palabras que pueden expresar aquello que deseamos entregar a los demás. Desde esta perspectiva tienen sentido los regalos en los cumpleaños, en los aniversarios, en navidad y demás fechas especiales. Así, las personas comienzan a preocuparse por quedar bien con sus seres queridos o allegados; se puede decir que, de alguna manera su intención es dejar un poco de sí mismos en aquellos a quienes les entregan algo.

Analógicamente la relación con Dios conlleva una entrega en la que el creyente ofrece actos de fidelidad.

Algunos oran constantemente ofreciendo su sacrificio diario desde la lucha constante de la vida; otros realizan diferentes actos de piedad con la intención de agradar a Dios y recibir alguna gracia especial. Se puede decir que cada uno se preocupa por ofrecer una "cosa" agradable al Señor, pero ante la magnificencia del Dios vivo ¿Qué puede ser apropiado entregarle? ¿Qué podrá satisfacer al Creador de todo lo que existe?

Uno de los gestos de ofrecimiento del Antiguo Testamento que llama la atención significativamente es el de Abel, ante el que cualquiera se puede preguntar ¿Qué tenía de distinto este ofrecimiento al de Caín? Otro pasaje bíblico con más relevancia que éste es el de Abrahán cuando va a ofrecer a su propio hijo Isaac. Podría pensarse que la diferencia con lo ofrecido por Caín y lo que tienen en común estos textos es que lo que se ofrece es la "vida"; en el primero la de un animal y en el segundo la de un ser humano. Sin embargo; este último sacrificio no es consumado, quizá porque no era el mismo Isaac el que se ofrecía, tal vez el ofrecimiento de la vida humana debe hacerlo el mismo sujeto que la posee. Desde este punto de vista se podrían entender las palabras de Jesús: "Nadie me quita la vida; yo la entrego libremente" (Jn 10, 18).

En este sentido, se puede entender lo que se presenta a continuación. Matovelle ofrenda viva para Dios, se

trata de un libro, que deja contemplar lo que significa, acertar en el regalo perfecto para el Señor. No se trata de auscultar qué es lo que más agradecería al dueño de la Creación entera, pues la respuesta sería la vida, la vida del ser humano ofrecida libremente en un acto de amor profundo a Dios. Esto hace que la creatura se vuelva un “regalo” excelso, insuperable y continuo para su propio dueño.

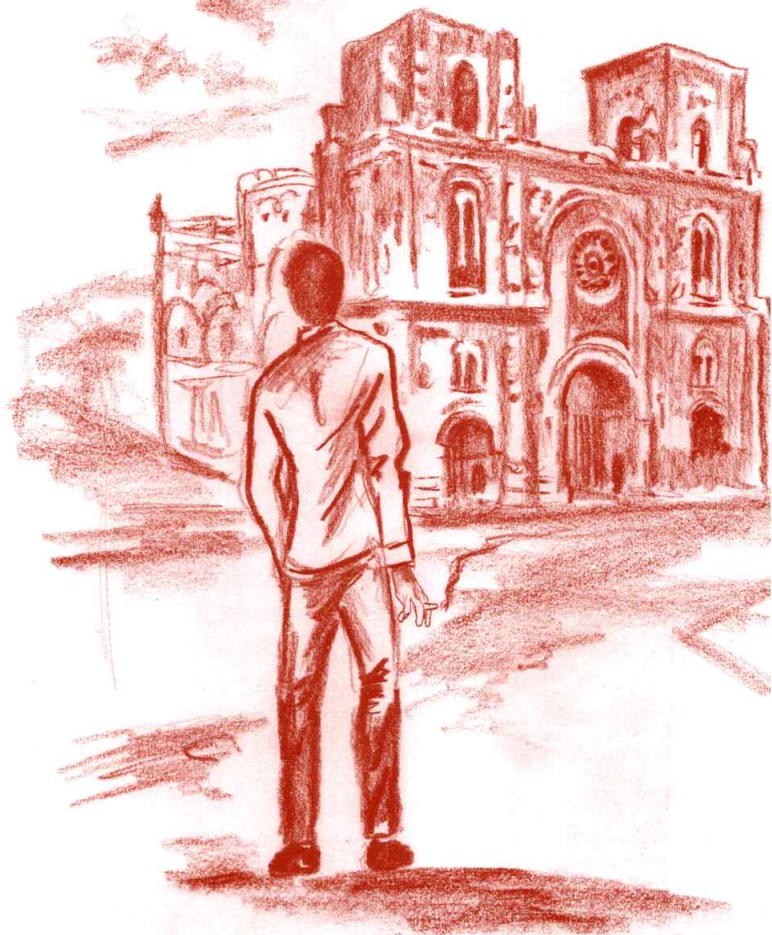
Así las cosas, la ofrenda, no es algo, sino alguien y no en pasado sino en presente. Matovelle es una ofrenda viva para Dios porque en su “ob amorem Dei” (por amor de Dios), realiza el acto de oblación más sublime. Él mismo es quien se entrega siguiendo el camino perfecto de Aquél que ha dado su vida para la salvación de todos. Al estilo de Abel y Abrahán entiende que lo más digno de entregarle al Padre es la “vida” entera y sin reservas. Comprende desde su experiencia con Jesucristo, que el Corazón Traspasado manifiesta claramente el don más agradable para Dios. Asume desde su relación con el Espíritu Santo que en la Eucaristía puede ofrecerse a sí mismo junto a la Única Víctima Santa.

La lectura de estas páginas puede animarnos a convertirnos en ofrendas agradables a Dios. Puede ayudarnos a mirar la santidad desde una perspectiva integral, donde el sacrificio hace parte de la vida y al que se debe acoger con fe, esperanza y caridad. Puede

inspirarnos a vivir una vida eucarística tal como la vivió el P. Matovelle que no tuvo reservas para darse completamente al Señor. Puede encaminarnos hacia una visión de la santidad acorde a la cotidianidad que llevamos desde el rol que desempeñamos como esposos, padres de familia, hijos, abuelos, tíos y demás...que es desde donde podemos realizar la consumación de la “vida”.

Hno. Leonel Recalde. o.cc.ss.





Enfrentado a las circunstancias del momento y confundido también por los vientos y los halagos de la cultura reinante, Matovelle encuentra en la doctrina de la Iglesia su norte, horizonte que no perdió de vista jamás, porque lo condujo con seguridad a hacer la voluntad de Dios.



CAPÍTULO I

La Iglesia lo llena con su Belleza – Tribulaciones – Su Amor a la Eucaristía y al Crucifijo – ¿Sacerdote, Laico o Religioso?

Matovelle dice que, en medio de los extravíos de su juventud, la Iglesia Católica fue su norte, y con el estudio de su belleza se extasiaba su alma:

“Desde la Misa que celebraba un Misionero sobre la piedra de un campo hasta la que celebra el Supremo Pontífice en la imponente Basílica de San Pedro, con toda la pompa y magnificencia del catolicismo, se nota en las sagradas ceremonias tanta elevación y grandeza, que el alma se transporta a regiones desconocidas y como que goza con anticipación de la celestial bienaventuranza. La religión católica y su culto han levantado a la Europa moderna del oscurantismo de otras edades, al grado de la civilización actual”. (OC. Tomo I Vol. II).

Dios en su amorosa Providencia iba echando un poco de hiel en las ilusiones que el mundo ofrecía a Matovelle. Es su madre, que nunca fue verdaderamente tal, la que lo abandona de manera definitiva para irse al Perú en 1872. Son graves tribulaciones de familia, dramas y dolencias físicas. Son, en fin, las penas que obligan a mirar al cielo. Matovelle bendice la mano providente que permite las tribulaciones y escribe que nada es mejor que la adversidad para hacer racionalmente feliz al hombre. El bullicio y la alegría del mundo, nos impiden entrar en las profundidades de la propia alma. El dolor al abrumarnos bajo el peso de una inmensa mole, nos deja solos, y en soledad hablamos a Dios, que es nuestra dicha.

Matovelle en su vida seglar amaba los paseos solitarios, no como el misántropo por odio a los demás, sino como el justo para meditar en su nada, fortalecerse en la virtud, tomar fuerzas en la eterna fuente de la plegaria, corregir sus defectos y ser así más útil a la sociedad, sirviéndola con mayor afán y desinterés. En este estado de ánimo un día cae del caballo y casi muere al golpe de sus patas, otro día, revolver en mano se le viene encima un ebrio en la calle y casi lo hiere. El brillante porvenir que la ilusión le forjaba, casi desaparece ante la patada del animal o por la mano de un insensato



Los diversos dramas de la vida, fueron comprendidos por Matovelle, como pruebas del cielo; sin embargo, entendió que, leyendo las circunstancias difíciles, desde la óptica de la fe, podía vislumbrar el acontecer de Dios en el mundo y su plan de salvación.



¡Entra en sí, y como santo y como poeta se pregunta y responde:

“¿Y qué es el hombre? ¿Qué ha de ser? Gusano confundido de arena en un vil grano que casi no se ve.

Su vida dura lo que dura el día:
apenas nace ya la muerte impía
le huella con su pie”.

Pero Dios da a este gusano un destino eterno. Dichoso o desgraciado. A él le corresponde el elegirlo, a nadie más. Es libre, y en sus manos se ha puesto en esta vida la suerte de la eternidad o su propia perdición.

Hasta 1876 Matovelle anda buscando su destino. Aunque no muy desprendido del mundo piadoso, no puede aún dar rumbo fijo a su vida. Matovelle ama más la soledad. La compañía del mundo lo deja solo, y en esa soledad, encuentra la compañía de Dios. Se entrega con mayor ahínco al estudio para rendir con más brillante éxito su grado de Doctor en Jurisprudencia; y se halla en esta preparación cuando el tercer domingo de septiembre de 1877, Dios lo visita, y comienzan a perseguirlo acerbos

tribulaciones domésticas, calumnias, deshonras, amarguras imprevistas en el corazón. La victoria sobre el mundo se acerca. Esta tribulación era el premio que Dios daba a dos sacrificios suyos. Poco antes había roto con una amistad peligrosa y había quemado una lámina bonita y artística, un tanto indecente, aunque no en grado de no poderla conservar, mas sí lo suficiente para inquietar a un alma que quería ser piadosa, amar a Dios con las obras y con el cumplimiento de los mandamientos en su máxima perfección.

Matovelle comienza a negarse santamente a sí mismo para amarse en Dios. Se traza un reglamento de vida en honra de los Sacratísimos Corazones de Jesús y María, abandona amistades no convenientes, hace propósito de no escribir para dar pábulo a la vanidad sino para hacer algún bien, y se da al ascetismo con lectura espiritual, oración, y frecuencia de sacramentos.

¿Pero, esta era su vocación? ¿Con este género de vida estaría cumpliendo la voluntad de Dios?

Cada hombre está llamado a santificarse en el puesto que place a la Providencia. Santa Blanca de Castilla fue llamada a ser santa como reina y santa Zita como criada, si hubieran trocado sus papeles, no habrían agradado a Dios.



El cuidado por parte de Dios a Matovelle, se evidenció siempre, desde su infancia hasta su muerte, de manera especial cuando el peligro lo asechó a través de personas y acontecimientos. En la imagen se ve cómo la mano prodigiosa de Dios, lo libró de dos situaciones difíciles que lo hubiese conducido a la muerte



Matovelle bien lo sabía, y desde 1872 había comenzado a pedir a Dios le hiciese conocer su voluntad, el camino de la vocación.

¿Sería seglar (laico) o sacerdote? ¿Casado o soltero? ¿Clérigo suelto o fraile de un convento? De seglar podía quedarse, pero no sería casado en razón del voto de castidad hecho a la Santísima Virgen María, años atrás. Sacerdote también podía ser, pero en ningún caso clérigo suelto o cura diocesano en razón del grave peligro en que a su juicio se hallaría de perder el alma en el siglo (el ambiente del mundo). Su escasa salud y constitución no le permitían hacerse franciscano o carmelita, las dos órdenes que más le atraían por la severidad de sus reglas. Pensó en entrar de dominico, redentorista o jesuita; pero estas órdenes, bien que las apreciaba y respetaba en muy alto grado, no se acomodaban a su espíritu.

En memorias íntimas nos cuenta el estado de su alma en esta época: "Hacia algunos años (desde 1877) que llevaba una vida retirada del mundo y consagrada al estudio y cumplimiento de mis deberes, animado de deseos de aspirar a la perfección y consagrarme por completo a la práctica de la Virtud".

Pero esta perfección debía buscarla en Jesús, que es el camino, la verdad y la vida. No iba a ser perfecto como él

quisiera sino en la forma de modo que fuese del agrado de Dios ¿En qué estado debía santificarse? Para no errar encomendó el asunto a Dios, por intercesión de la Virgen Santísima y de todos los santos, en especial de Santa Mariana de Jesús. Nuestra Santa luchó entre el claustro y el siglo (ambiente del mundo y la cultura), y esta misma lucha era la lucha de Matovelle, y para enfrentar este combate, nada mejor que elegirla de protectora para negocio tan arduo.

Su plegaria fue recompensada. Muchas veces para probar nuestra fidelidad, Dios nos deja a oscuras algún tiempo, para después inundarnos con su luz. Matovelle nos dice que muchas verdades religiosas, que hasta entonces había profesado con la fe sincera y humilde del creyente, se le ponían tan claras y manifiestas, que le dejaban el alma sobrecogida de asombro como si fuese la primera vez que tuviera noticia de ellas. La malicia del pecado, el terror de los juicios de Dios, los dogmas del infierno y de la gloria, la separación definitiva y eterna de predestinados y réprobos le tenían día y noche, en la soledad y en las tertulias, sumido en profunda meditación y admirado de cómo los hombres pudiesen ocuparse en otro asunto que no fuese el negocio de su salvación.

Aún en esta época su apostolado no lo circunscribió a la conquista de su propia alma, la principal obligación



Una de las características esenciales de los sabios y de los santos, es amar la soledad, pues en ella han descubierto que Dios y las realidades misteriosas, les hablan al oído para dejarse pensar. Matovelle reflexiona en medio de la soledad sobre su vida y la aprovecha para estudiar con profundidad los contenidos de las ciencias, superando el aspecto de la memoria.



del hombre, sino que buscaba al alma del prójimo, habló, dice, a unos sacerdotes con tal vehemencia del juicio final, que se encaminaron a sus casas silenciosos y meditabundos. Era un seglar (laico) el que, con la vehemencia de sus palabras, enseñaba al sacerdocio el camino del recogimiento y la devoción.

Pero Dios no muestra a sus elegidos lo terrible de su justicia sino para abrirles el corazón de su infinita misericordia. Matovelle sintió encenderse el pecho en amor a la Sagrada Eucaristía. Lo relativo de este misterio le era tan nuevo, veía con tanta claridad la presencia de Dios en nuestros tabernáculos, que no acababa de admirarse cómo los hombres no pasasen ante ellos día y noche de rodillas. “Estaba en cierta ocasión, dice adorando al Santísimo, en la capilla del Seminario, unos profesores habían conseguido un telescopio, para observar los astros, y yo, estupefacto, no comprendía por qué no entraban en la capilla a adorar al Hacedor Divino de los astros”.

En espíritu adoraba Matovelle al Señor en todas las Iglesias, principalmente en las de los campos. Su pasaje favorito era el del cantar de los Cantares: Veni, dilecte miegrediamur in agrum, commemoreum in villis (7, 11).

Los viernes por la tarde salía a las afueras de Cuenca, que suponía fuera el Calvario, allí se juntaba a la Virgen Madre en sus dolores, y al regreso imaginaba que venía a Jerusalén junto a Ella, acompañándola en su soledad y en la pena de dejar en el sepulcro a su Hijo Divino muerto en la Cruz. Y como a Juan el discípulo amado, Dios le ofreció en premio la pureza del alma y el penetrar en los secretos de los misterios divinos con sus comentarios al Apocalipsis, libro cerrado e incomprensible a los profanos, pero abierto y claro a los que viven llenos de amor, sabiduría y temor de Dios.

La visita del Crucifijo le traspasaba el corazón con efectos de caridad, de gratitud y amor. Nunca en su vida pudo ver una cruz sin sentirse hondamente conmovido.

Posteriormente escribía: "Me avergüenzo de que, siendo sacerdote y estando obligado a la perfección, no tenga ni la décima parte de la piedad y el fervor de aquellos tiempos, los mejores de mi vida, extraordinarios en gracias para mi alma, porque en ellos quería el Señor prepararme al sacerdocio.

A los principiantes, pone Dios miel en los labios para animarles a seguir en el camino de la virtud; a los perfectos les da aliento fuerte, los trata con dureza porque los halla vigorosos para adelantar en el camino de las altísimas virtudes. No es que Matovelle, como



Frente a la sociedad anticonservadora del tiempo, Matovelle supo asumir una postura crítica y sin necesidad de linchamientos públicos, exponía sus ideas con argumentos y las hacía respetar por la vía del diálogo civilizado.



sacerdote, decayese en perfección, es que era más perfecto, y Dios en su providencia veía que no era necesario ya tratarle con leche y miel para que fuese cada día más bueno.

Podía soportar con mérito la oscuridad del alma y la sequedad de espíritu, con que Dios prueba a los que mucho ama.

En mayo de 1878, Matovelle, hizo propósito de abandonar al mundo, pero no pudo hacer efectiva esta resolución sino en octubre del mismo año, en que con un esfuerzo supremo dejó la compañía de una hermana, con quien vivía, renunció a su casa y comodidades de familia, puso en orden sus pequeños intereses, los entregó a su hermana y se fue a vivir en el Seminario, donde era profesor de derecho público.

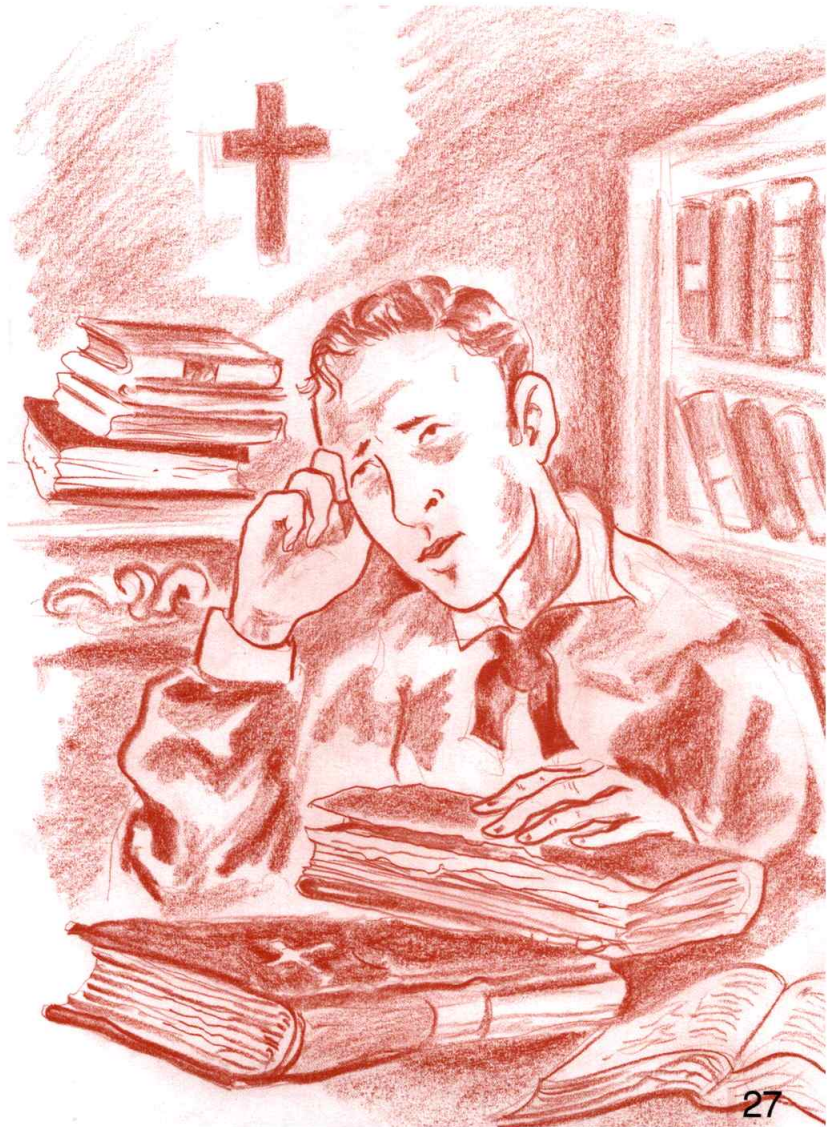
Si no hubiera dejado su casa en un enorme esfuerzo de su voluntad, probablemente nunca se hubiera consagrado al servicio del Altar. En ocasiones un solo sacrificio hace fructífera toda una vida. Si el joven rico y bueno del Evangelio, hubiera aprovechado del minuto en que el Señor lo invitó a despojarse de sus bienes, lo encontraríamos hoy entre los apóstoles; no aprovechó ese minuto por amor a sus bienes y ha quedado como modelo de cobardes para las generaciones cristianas que desde entonces se han sucedido. El que no oye

a tiempo la voz de Dios, puede abrirse la puerta a una vida desgraciada con un cortejo de males sin número.

Matovelle, aún no había elegido estado, pero se hallaba y en camino de hacerlo. ¿Sería seglar o religioso? No lo sabía aún. Había renunciado a las vanidades del mundo, pero no había hecho ninguna promesa: su vocación estaba puesta en manos de Dios. En el seminario de dedicó con más empeño al estudio y a las prácticas de piedad. Eligió por su confesor al R.P. Félix Grissart, redentorista, que con dirección sencilla pero ilustrada, dulce pero firme y sostenida, hizo a su alma un bien inmenso. “Dios me lo proporcionó, dice, en un momento oportuno, pues lo tomé contra mi voluntad e inclinación, solo por obedecer a otro confesor que al irse a Europa me dijo imperativamente: Ud., se confesará con el P. Grissart”. (Memorias íntimas. pág. 39)

Son inestimables los bienes que trae la obediencia rendida a las personas llamadas a dirigir nuestras almas. Los religiosos hacen de la obediencia objeto de uno de sus votos para quitar de raíz el amor desordenado a la propia voluntad, fuente de muchos males.

Entre los proyectos de Matovelle, uno era el de ir a París a estudiar en el seminario de San Sulpicio. Con el Sr. Cornelio Crespo Toral se dirigió al superior de este instituto y estaba todo arreglado para el viaje y



*P*ara favorecer el discernimiento sobre su vocación, Matovelle se retira un poco de la vida pública y se inserta en un ambiente más ascético, para descubrir el querer de Dios en él. Había comprendido que, Dios habla en el silencio.



permanecía, cuando de repente vinieron contratiempos, y el humo se llevó sus proyectos.

En el Seminario, Matovelle llevaba vida conventual o de claustro. Su habitación tenía un cuadro de Nuestra Señora de los Dolores a cuyo servicio había resuelto entregarse por completo y a quien decía tener por su propia, única y verdadera Madre. Ante ese cuadro imploraba de rodillas a la Reina del Cielo, que le hiciera conocer la divina voluntad sobre el rumbo que debía dar a su vida. La Reina bendita, para llenarlo de merecimientos, parecía sorda a su clamor, pero en mayo de 1879 vino en su ayuda y le dio fuerzas para una nueva promesa: abandonar el mundo de una manera definitiva, en el sacerdocio o en el claustro.

Ahora tenía ante sí dos caminos: sacerdote o religioso. ¿Cuál camino elegir? En esta meditación salió al campo el 23 de mayo de 1879, y nunca como hasta entonces se le presentó con mayor viveza la sublime locura del Calvario. A su regreso el Obispo Sr. Remigio Esteves y Toral, le mandó que se ordenase dentro de `pocos días. Matovelle lo llevó a broma, pero no pudo estar bien ante la decisión de vida, que lo conduciría a una eternidad feliz o desgraciada.



*L*a meditación de Matovelle en torno a la pasión de Jesucristo, fue materia de especial preferencia, y por esta razón, el contemplar al crucificado, pensaba que sus sufrimientos, no se podían comparar en nada a los del Señor.





CAPÍTULO II

Luchas acerca de la Vocación –

La voz del Obispo – Otras Señales – Sacerdote

El lunes 26 de mayo de 1879 con motivo de la fiesta de Santa Mariana de Jesús, Matovelle encomienda a esta Santa, el negocio de su vocación, comulga en la capilla de Nuestra Señora de Lourdes en el antiguo y extinguido convento de San Francisco, que estaba a cargo de los PP. Jesuitas y se siente animado del gran espíritu de sacrificio.

A las once y media lo llama el Sr. Obispo. Antes de salir a la calle para atender el llamamiento va a la capilla a pedir la bendición del Santísimo. Donde la suerte quiso, abre el Kempis para una ligera meditación y lee: “Hoy y no mañana”. Mañana puede ser tarde, quizá duerma bajo el sepulcro y Dios no me haya sido propicio o quizá tenga tales o cuales impedimentos. ¿Quién puede conocer el mañana? Hodie est, cras non comparet

(Kempis L- 3 cap. 36). El mañana no está en nuestras manos.

Una hora estuvo Matovelle con el Sr. Obispo. Fueron vanas todas sus excusas. Usted ha hecho voto de castidad. Usted sabe muy bien el latín, conoce la teología, tiene una envidiable preparación religiosa, ¿Por qué huye del llamamiento divino? Le dice el Prelado. La argumentación era sin salida. No podía dejar de dar respuesta satisfactoria. Como término de la disputa recibe este consejo, que vino a ser una orden: "Dentro de pocos días, en las próximas tómporas de Pentecostés, se ordenará de diácono".

Asombrado, sale Matovelle de la presencia del Sr. Obispo, pero conserva aún esperanzas de evadir la orden. ¿Acaso el Prelado puede interponerse en un negocio personal que interesa solo al alma en sus relaciones con Dios? No interviene, aconseja; lo que hay es que la propia voluntad halla siempre mil excusas para oponerse a los deseos divinos. Matovelle se siente sin fuerzas y entra a la Capilla para pedir ayuda del cielo ante el Santísimo Sacramento. Al azar abre el Kempis en busca de algún pasaje para la meditación que mitigue su pena, y lee:

"Yo, dice el Señor, enseñé a los profetas desde el principio, y no ceso de hablar a todos hasta ahora,



*A*l momento de tomar la decisión para entrar al Seminario, vivió el mandato de la Sagrada Escritura, de dejar casa, padres, hermanos y hermanas, tomar la cruz y seguir decididamente a Jesucristo. En el caso de esta imagen, Matovelle entra al Seminario, habiéndose despedido de su hermana.



más los muchachos son duros y sordos a mi voz. Muchos de mejor grado oyen al mundo antes que a Dios; más fácilmente siguen el apetito de la carne que el beneplácito, y con todo esto, le sirven con grande ansia, y Yo prometo cosas grandes y eternas a los que me siguen”.

Matovelle se pregunta si su oído estará sordo y su corazón torpe, si el apetito de la carne y el amor del mundo son lo que le presionan con excusas para eludir el llamamiento divino.

Siente necesidad de consuelo y no lo halla. Triste, fatigado por la angustia, sale de la capilla episcopal para continuar la meditación, sobre el libro de los Evangelios. Ya en el cuarto del seminario, San Lucas viene a su encuentro con las palabras de Jesús ante el cadáver de su hijo de la viuda de Naím: “Mancebo, levántate yo te lo mando”. ¿No seré yo ese cadáver a quien Jesús manda que se levante? ¿Será esto una mera casualidad? No: yo soy el muerto a quien las pasiones del mundo llevan a enterrar. La madre que llora tras un féretro es María, a quien venero como a Madre en la advocación de Nuestra Señora de los Dolores, cuya imagen conservo frente a mi mesa de estudio y meditación. Jesús es quien habla: “ADOLESCENTES, DICO SURGE”, me resucita y me entrega como propiedad exclusiva a mi Madre, María: ET DEDIT ILIUM MATRI SUAE. Diríase

que en el pasaje de la viuda de Naím, el evangelista San Lucas escribió mi propia historia.

Basta, dice Matovelle: por boca del Obispo es Dios quien me llama. Me aterra ser sacerdote y vivir solo. ¿Cómo conservarme en el farrago del mundo con la perfección que exige el estado angélico? Dios no manda cosas imposibles, si llama, Él sabe cómo auxilia. Con su gracia se puede santificar un sacerdote abandonado como cura en cualquier parroquia lejana, pero no será ese el caso, irá al Seminario, donde tendrá la compañía de muchos otros sacerdotes y después podrá aún, si así lo desea, entrar en el claustro.

El primero de junio (1879) vuelve a consultar el arduo problema de su vocación con personas sensatas. Tiene otra entrevista con el obispo y al fin, se decide a tomar la senda que se le indica y consagrarse sacerdote.

El 2 de junio hace una lista de propósitos para su nueva vida: "Me hago sacerdote para ser santo con la oración, el retiro, el estudio, las funciones propias del altísimo ministerio, seré apóstol del Santísimo Sacramento y de los Corazones Santísimos de Jesús y de María. Mi divisa será: *trabajar, amar y padecer*. Mis blasones serán la cruz, la corona de espinas y la herida del costado y los llevaré hasta la muerte en el modo y forma como Tú quieras".



En el plano del discernimiento, es importante acudir a personas de buen criterio para recibir luces y orientaciones, de manera especial cuando se trata de tomar decisiones vitales. En el caso de Matovelle, después de acudir al Santísimo, su práctica fue, visitar a su confesor para recibir su guía y recomendaciones.



El martes 3 de junio, viste Matovelle el hábito clerical y recibe la tonsura y las 4 órdenes menores en la capilla interior del Seminario. El 4 se ordena de subdiácono en la Iglesia del Carmen Antiguo, y el 8 de junio (1879) es consagrado diácono en la Iglesia Catedral de Cuenca, junto a 6 compañeros, en fiesta muy solemne, porque nunca hasta entonces habían recibido en Cuenca dicha consagración en tal número.

“Mi alma”, dice: “quedó inundada en un torrente de gracias y delicias; sentía materialmente una dulzura como de miel en la boca, la que duró como un mes; tenía que hacerme violencia para no llorar de continuo a impulsos de gozo interior que llenaba mi alma”.

Dios es siempre el mismo. Aun esta vida paga el ciento por uno. Estamos en sus manos; puede hacernos felices en medio del dolor extremo e infelices entre los placeres que nos brinda el mundo. San Francisco Javier en los duros trabajos de su apostolado tiene que decir a Dios: “basta”, porque su cuerpo, como humano, era muy frágil y quería romperse ante el torrente de delicias que inundaban su alma.

“Dios ama más la obediencia que el sacrificio” porque indica una renuncia más completa de la propia voluntad. Matovelle, por, obedecer a su Obispo, renuncia a la vida del sacrificio, pero tranquila del claustro, por la vida

tumultuosa del sacerdote en el siglo, y Dios le premia llenándole de miel los labios y de placer el alma. El sacrificio es agradable en cuanto es obediencia a los secretos divinos. Al entrar Matovelle en el convento, cumplía sus deseos. Al seguir el camino que le indicaba el Obispo, cumplía los deseos de Dios, quien por esta senda encaminaba los acontecimientos de la fundación de Oblatos, como veremos más tarde.

Siquiera un año pensaba Matovelle permanecer en el Diaconado. Se encomendaba mucho a los Santos Esteban, Lorenzo y Francisco, que como diáconos llegaron a subir muy alto en perfección. Pero la obediencia vino a interponerse de nuevo en el camino. En la Cuaresma de 1880 el señor Obispo dispuso que entrase a los ejercicios espirituales para que fuese ordenado sacerdote al término de ellos. Con otros cinco candidatos y la mitad del clero de la diócesis entro a los ejercicios bajo la dirección del Padre redentorista Alfonso Aufdereger, que era además su confesor.

“Procuré hacerlos” dice, del mejor modo que me fue posible y recibí un torrente inusitado de gracias, de que tenía mucha necesidad”.

“Entre varias resoluciones que tomé, describo las siguientes: procurar adquirir la perfección sacerdotal, que no está tanto en la sublimidad de las obras como



*L*a intercesión de los Santos, ha sido fundamental en la tarea de perfección buscada por muchos hombres y mujeres que anhelan la santidad; en este sentido, Santa Marianita, fue un pilar fundamental, a la hora de decidir sobre el misterio de su vocación.



en la pureza de la intención; cumplir de mejor modo la voluntad de los superiores como expresión de la voluntad divina, vivir en este mundo como si no existiera otro ser sino Dios; amar mucho al prójimo pero en Dios; recordar que dejé el mundo por amor al Santísimo Sacramento y que esta gracia tan grande la debo a María; en fin; esforzarme en servir a Jesús en el tabernáculo como hubiese servido María, su Santísima Madre”.

Como Matovelle, había hecho estudios completos de Teología en su vida seglar y eran indudables su edad y celo por las almas, el Ilmo. Señor Esteves y Toral, lo consagró sacerdote en Cuenca, el sábado 21 de febrero de 1880, con mucha pompa, por ser el número de ordenados mayor que en otras ocasiones y por hallarse entre ellos un sobrino del Obispo, el señor Cornelio Crespo Toral.

La Iglesia celebra en el Oficio la fiesta de San Ignacio Mártir: Matovelle lo tomó por especial patrono e hizo suyas las palabras del Santo: *Fruentum Christi sum, dentibus bestiarum molar, ut panis mudus inveniar.*

Las gracias llovieron sobre él con tanta abundancia que, quedó nos dice, como anonadado por inmensas misericordias del Altísimo. Las jaculatorias, los salmos le venían espontáneamente a los labios, en los que por

cinco meses le quedó sabor de miel, cada salmo, cada lección le hablaba tan íntimamente al alma, que diríase que se hubiera compuesto adrede para él. Las funciones de culto le causaban emoción viva y profunda, el rezo del oficio le era una delicia, en acolitar y en diaconar sentía una fruición inexplicable, las sagradas ceremonias le dejaban absorto y maravillado como si tuviera un nuevo sentido para ver, oír y gustar. Le parecía que, tomándose de los cabellos, la mano del Señor le había sacado del mundo antiguo para transportarle a otro mundo, totalmente desconocido, donde vive el alma ebria de amor, con deseos de perfección y anegada en un deseo de consuelos con dulces y piadosas aspiraciones. Ante el gozo de celebrar pronto la primera Misa, le vino a los labios el canto epitalámico de su primero y único amor:

“¡Fuera, de rodillas, serafines

velad en dulce espera!

¡Deshojad las magnolias, los jazmines,

más deshojadlos fuera;

agitad llameante el incensario,

alzad el himno sonoro;

mas cobijad, os ruego, este santuario



*P*ara Matovelle y para cada Oblato, el Santísimo Sacramento, es el Superior de los conventos y el Superior de sus vidas; por tal razón, la reverencia y la adoración para Jesús Sacramentado, resulta ser inmensa, pues ahí está presente el Hijo de Dios vivo.



con una nube de oro!
¡Al templo de los místicos amores
no entréis, oh serafines;
derramad, eso sí, fragantes flores
en todos sus confines!
¡Como tiembla de miedo, cual se agita
de gozo el alma toda,
cuando en la noche, plácida medita
el día de la boda!
¡Ah! ¡Cómo le he de dar abrazo estrecho
y un beso perfumado,
y le he de aprisionar dentro mi pecho
a mi Divino Amado!
Cuando venga mi Amado, serafines,
con el dejadme a solas,
y afuera deshojad vuestros jazmines
y lirios y amapolas”.



*M*atovelle, se muestra en esta imagen preocupado y angustiado, ante el drama de su propia existencia, pues bien, sabemos que las tensiones que aparecen en la vida, no son fáciles de manejar y más cuando, aparecen en el corazón dudas, preguntas y ante éstas, pocas respuestas. En estos momentos, Matovelle acude a Dios en busca de consuelo.



CAPÍTULO III

Esmerada preparación para la Primera Misa – Resoluciones – Plan de Vida

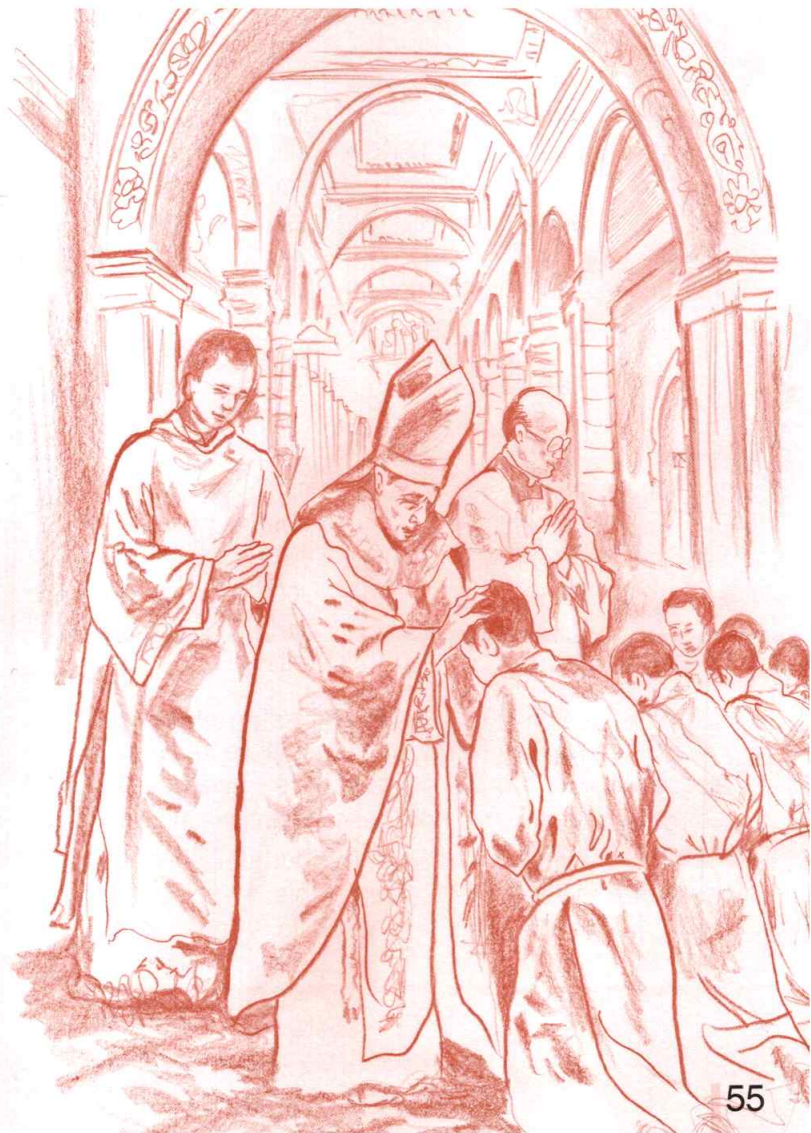
Matovelle no dijo su Primera Misa al día siguiente de su Consagración Sacerdotal. No creyó hallarse bien preparado y tuvo un mes de retiro para el aprendizaje de las rubricas del misal, el ejercicio de las sagradas ceremonias y las prácticas de piedad que le parecieron más a propósito a la purificación de su alma para el acto más sublime de su vida en que, al conjuro de las palabras de Jesús en la noche de la Cena, tendría a Dios entre sus manos y en adoración ante El todo lo creado.

Aunque Matovelle deseaba vivamente celebrar la Santa Misa, el temor ante la grandeza y terribilidad del Augusto Sacrificio le hubiera hecho retardar, aunque fuesen años, tan feliz momento. No era un espíritu de Jansenismo lo que le retraía, sino el espíritu de humildad de un San Francisco de Asís: la consideración de nada ante el infinito amor de Dios. Dentro de la eterna moral del Evangelio, Dios tiene para cada alma diversos caminos.

No podemos exigir que todos los hombres sigan una misma ruta, se santifiquen por unos mismos medios. Amar a Dios en el cumplimiento de los mandamientos como los entiende la Santa Madre Iglesia, es lo que a cada uno se pide, el modo de hacerlo queda al arbitrio de la libre voluntad humana bajo la suave dirección de la gracia divina.

Desde el primer momento Matovelle quiso rendir obediencia ciega a su Prelado y por eso celebró la misa el Jueves Santo del 25 de marzo de 1880. Con este fin el sábado de pasión, víspera del domingo de ramos, Matovelle entró en ejercicios espirituales en la casa del Corazón de María, con Adolfo Corral, antiguo compañero de armas en defensa de las instituciones patrias, y Cornelio Crespo, joven de alma candorosa que como él se preparaba a subir por vez primera al altar.

El 25 de marzo, celebra la Iglesia, la Anunciación de la Virgen Santísima o Encarnación del Verbo, que en aquella época era fiesta de guarda y obligada por lo mismo bajo pecado el oír la santa Misa. Como este año cayera en jueves Santo la autoridad eclesiástica dispuso que se celebrasen algunas misas rezadas a fin de facilitar a los fieles el cumplimiento del precepto. Una de esas misas correspondió al Señor Corral en el Templo del Corazón de María y otra al señor Crespo en la Iglesia de San Francisco de Cuenca, que entonces



En esta imagen aparece Matovelle en su Ordenación diaconal, fue un día lleno de alegría y gozo y anhelaba que no se acabara jamás. Se sentía servidor de Dios, aunque indigno; pero si con toda la disposición para ser pregonero de la Palabra de Dios.



se hallaba a cargo de los padres Jesuitas. Matovelle dio la suya, cantada en la capilla de la Adoración Perpetua de los Sagrados Corazones; le oficiaron de diáconos los señores Corral y Crespo e hizo de padrino de capa pluvial el capellán de ese Santuario, Dr. Miguel Aguirre, que sería más tarde el célebre franciscano José María Aguirre.

Dice Matovelle que las dulces y gratísimas impresiones que la gracia hizo en él ese día no las puede explicar con lengua humana. Los ejercicios que precedieron, el domingo de Ramos al Miércoles Santo, fueron los más fructuosos de toda su vida. Dos misterios se conmemoraban en el dichosísimo día del 25 de marzo, la Anunciata, cuya congregación se alistó por primera vez en los años de colegio, y la Eucaristía instituida por Jesús en un jueves, como precioso testamento de su amor. Matovelle pensaba: “debo prepararme siempre para recibir en sus purísimas entrañas al Hijo del Eterno Padre, me esforzaré por imitar espléndidamente a la Madre del Salvador en su humildad, pureza y caridad que colmaron de gloria al cielo y de alegría al mundo”. He aquí la esclava del Señor, hágase en mi según tu palabra, de este hágase estaba pendiente la creación entera, he aquí tu esclavo, repite Matovelle, hágase en mí según tu divino agrado; de este hágase, como en todo hombre, estaba pendiente la santificación de

su alma, porque Dios en orden a nuestra eterna dicha, nada quiere hacer sin la libre voluntad humana.

Matovelle vivía sumido en piadosas consideraciones. *Dilexit me et tradidit semetipsum*. Me amó hasta entregarse por mí. Me amó hasta el fin. En lo sucesivo el Eterno Padre nada le podía negar puesto que le había dado a su hijo Unigénito. ¡Cuánta dicha! Podía decir en el Altar como la Santísima Virgen y hasta como el Eterno Padre: *Filius meus es tu: ego hodie genui te*. Eres mi hijo, hoy te he entregado.

El viernes y el sábado santos, los empleó en dar gracias por el beneficio que acababa de recibir. Embargaban su alma sentimientos de dulce alegría e inmensa gratitud para con Dios que se le entregaba en Hostia de amor y propiciación: Jesucristo era todo suyo. El Verbo Encarnado le pertenecía como propiedad exclusiva: en sus manos estaba el tesoro más grande de los Cielos.

El domingo de pascua cantó la segunda misa en el Templo de los Padres Redentoristas. La Semana Santa de 1880 vino a ser así para Matovelle verdaderamente santa, principio de su ministerio sacerdotal, la más memorable de toda su vida y la más fecunda en toda clase de gracias y bendiciones. Muchos propósitos sacó de ella, entre otros: antes morir que celebrar la misa en



*P*ara Matovelle y para cada Oblato, el Santísimo Sacramento, es el Superior de los conventos y el Superior de sus vidas; por tal razón, la reverencia y la adoración para Jesús Sacramentado, resulta ser inmensa, pues ahí está presente el Hijo de Dios vivo.



pecado mortal, no dejar de celebrarla voluntariamente ni un solo día a menos que lo impidiesen obstáculos insuperables, y prepararse para ella, siempre que fuese posible, con media hora de oración, y después de ella, emplear otra media hora en dar gracias por el beneficio recibido.

“Dios sabe si he cumplido estos propósitos”, dice, “pero en medio de la amargura de mi alma por mis continuas miserias e ingratitudes, quédame el consuelo de que, con pleno y deliberado consentimiento, no he ofendido a Dios gravemente desde que me hice sacerdote. La Santa misa es el encanto de mi alma: los poquísimos días que por obstáculos insuperables he dejado de celebrarla han sido vacíos, amargos y de desolación espiritual. ¡Quiera el cielo que esos días no vuelvan! Aunque no con los sentimientos de los primeros días de sacerdote, Jesucristo sigue siendo el único amor de mi alma: vive en mi corazón como en el pesebre de Belén recostado en las pajas de mis pobres afectos, y espero de su misericordia que mi pecho será su morada hasta que le rinda el último aliento de mi vida”.

“El Santísimo es mi encanto, mi delicia, el consuelo de mis penas, el centro de mis amores, mi todo. Basta acercarme un pequeño momento al Tabernáculo para que cesen mis angustias.

“¡Qué dulce es recordar que Jesucristo en el Sagrario, ha sido el primer amor de mi vida y será también el último, así lo espero, en este valle de peregrinación hacia el cielo!”

Vivimos en perpetua lucha. Milicia es la vida del Hombre sobre la tierra, dice el santo Job, pero hay que saber luchar. El buen soldado de Cristo no se lanza temerariamente a la pelea, antes bien prepara cuidadosamente sus armas para salir vencedor en la contienda. Esto hizo Matovelle en los ejercicios que precedieron a su ordenación sacerdotal: para la salvación de su alma se trazó un plan de combate contra sus enemigos, mundo, demonio y carne.

Bien merece que conozcamos este plan, para intimidarnos o para admirarlo siquiera:

Levantarse a las 5 de la mañana. Hacer la señal de la cruz, rezar mientras se viste y tener media hora de meditación sobre la lectura espiritual preparada la noche anterior y que versará sobre cualquiera de los misterios de la vida, pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo, aplicados al Santísimo Sacramento.

Con los afectos de esta meditación, en silencio y severa compostura, salir hacia la Iglesia en que se va a celebrar la santa misa. Como los pastores en busca del



Este es el momento más sublime para todo sacerdote, se trata de la celebración de la Santa Eucaristía, en la que se besa el cielo con la tierra, lo divino con lo humano, la fragilidad del hombre con la fortaleza de Dios. Es en este misterio en donde Jesucristo el Hijo de Dios se hace presente de manera real ante los hombres.



divino Niño en el tránsito, se irá diciendo: Transeamus usque Bethlehem; vamos a Belén. Ese Belén nuestro es el altar y templo en que, a la voz del sacerdote, va a bajar Jesús del Cielo a llenar de sus favores al mundo. Se repetirá también con la Magdalena: ¿Quis revolvat nobis lapidem? ¿Para llegar a Cristo quien quitará la piedra de nuestras miserias y pecados?

Ya en la Iglesia se visitará al Santísimo un cuarto de hora, cuando menos, pidiéndole la gracia de celebrar dignamente el santo sacrificio de la misa. Esta se celebra con mucho fervor, procurando no emplear un tiempo mayor ni menos del señalado por San Alfonso.

Antes de abandonar la Iglesia se rezarán las horas menores, si es posible delante del Santísimo Sacramento.

Seguirá luego una lectura atenta y devota de la Santa Escritura reflexionando que en ella habla el mismo Señor a quien momentos antes hemos recibido en el pecho.

A las 9 del día se tendrá el almuerzo (Costumbre de aquella época en Cuenca)

Tanto aquí como en la comida y en la cena se ha de imaginar que se sientan a la mesa con nosotros Jesús y

sus apóstoles. Se rezará antes y después de comer. La comida será parca, frugal, sobria y si no hubiese lectura, se procurará traer en la conversación reflexiones piadosas. Se pondrá especial empeño en privarse de algún plato o bocado sabroso, y sobre todo, reprimir el desordenado apetito de las comidas exquisitas.

No probar licor, a menos que las circunstancias lo exijan, en cuyo caso, hay que esforzarse porque no pase de uno o dos tragos a lo sumo.

Se tomará después una honesta recreación que con el almuerzo no dure más de hora y media. A menos que se trate de viajes u otros paseos, nunca se empleará en conversaciones más de una hora, y se procederá con la compostura necesaria para no ofender en lo más mínimo a Dios, que se halla presente en nuestra alma y en el alma del Prójimo.

No se trate de emplear el tiempo en juegos ajenos a la dignidad del sacerdote. *Nugae in saecularibus nugae sunt, in ore sacerdotis blasphemiae*, dice San Bernardo. Las palabras ociosas, en boca de los seglares son palabras ociosas, pero en boca de los sacerdotes, son blasfemias.

Se estudiará de Diez y media a doce del día. Nunca se ha de comenzar el estudio ni ninguna ocupación sin



*M*atovelle, con su manteo (capa negra), cubriendo totalmente su cuerpo, se postra ante la presencia de la Virgen María y repite sus palabras ante el Dueño de su vida: Hágase en mi según tu palabra. Ésta es la expresión de quien declina su querer a la voluntad de Dios.



invocar los dulcísimos nombres de Jesús y María para el fiel cumplimiento del más ínfimo de nuestros deberes y para que el móvil de las obras, hasta la más pequeña, sea solo el puro amor de Dios y el deseo de su gloria.

Al dar fin a una ocupación se dará las gracias a Dios por ella y se pedirá a nuestro Señor Jesucristo perdón por las faltas que se hubiesen cometido y su gracia para hacer las cosas mejor en adelante.

He aquí esbozado a la ligera un método de vida. Por la tarde y por la noche el plan no era tan estricto para poder acomodarse mejor a las diversas circunstancias de la vida y gozar de mayor libertad en la práctica del bien para nuestros prójimos.

Obsérvese que el plan era en parte circunstancial, para acomodarse al género de vida del Seminario, y que, con otra modalidad de vida, el plan naturalmente tenía que variar.

En septiembre de 1882 tuvo Matovelle unos ejercicios espirituales y en ellos resolvió:

Con la ayuda de los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María, aspirar con todas las fuerzas a la perfección.

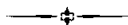
Esforzarse en una completa abnegación de sí mismo, de modo que cuerpo y alma sean dos víctimas sacrificadas al amor de Dios y el prójimo.

Considerarse muerto y enterrado al mundo desde el día de la ordenación sacerdotal para pagar así la Justicia Divina por los pecados y hacerse santo.

Arreglar los asuntos como si cada día hubiese de morir.

Evitar toda pérdida de tiempo en conversaciones ociosas, visitas inútiles, recordando que el Espíritu Santo huye de las almas que tienen tales pasatiempos.

Poner empeño en ejecutar bien todas las cosas especialmente las santas, como la celebración de la misa y el rezo del oficio divino.





Esta imagen, da cuenta de los momentos previos a la ordenación sacerdotal, Matovelle le había huido a este compromiso; sin embargo, puesto en las manos de Dios, lo asume con decisión y con el anhelo de no defraudar a aquél que lo llamó: Dios.



CAPÍTULO IV

*Una luz del Cielo – Es Cristo el que vive en mi
– Representaciones de la Santísima Trinidad
– Amor a la Virgen – El Sacerdote –
Acerca de diversos Misterios de la Religión.*

Los favores con que Dios favoreció a Matovelle por este esfuerzo en servirle, él mismo nos los cuenta.

Se halla un día meditando, sobre las verdades eternas en la capilla privada de Monseñor Esteves Toral. Cristo Crucificado era el tema de su meditación. Es Jesús quien arrastró multitudes, quien pasó por el mundo haciendo el bien, sanando las llagas del cuerpo y alma, está ahora sólo, apenas si le acompañan su Madre, el discípulo amado, la Magdalena: la inocencia hecha carne, la penitencia hecha mujer, el pueblo le maldice, los verdugos le insultan y hasta Dios como que se complace en el abandono, porque castiga en Él, los crímenes de toda la humanidad. Pero en su pecho no

anida la vergüenza, el amor al hombre lo consume y con ese amor clama: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". (Lucas 23, 34).

Esta súplica divina presiona a la misma Omnipotencia para aplacar su justicia a los pecadores. El Eterno mira con amor al hombre; por amor a Jesús, que no busca su gloria sino la del Padre: Non quaero gloriam meam, sed ejus qui misit me, Páter. El que clama perdón es el Hijo Unigénito, el Verbo hecho carne, que con su vida dolorosísima y sus méritos infinitos conquista millones y millones de almas para que glorifiquen al Padre. El Padre por amor a Jesús llevará al cielo a todos los hombres que se le asemejen. Si seguimos a Jesús se borrarán nuestras culpas, porque el Padre mira en nosotros la imagen de Jesús. Pero el Padre merece también amor, porque amó al mundo hasta darle a su Hijo Unigénito (Juan 3, 16) y sujetado a muerte de Cruz (Fil. 12, 8).

Estaba Matovelle en esta meditación, cuando de repente una luz extraordinaria invade su alma. Ve inundado de gozo, sin ayuda de los sentidos, en forma inexplicable, la manera como el Padre Eterno contempla en cada hombre la imagen de su propio Hijo, que muere de amor en la cruz entre indeseables dolores. No es el proceso natural de raciocinio de un Arquímedes, que de súbito resuelve un problema que llena de regocijo.



*L*os ejercicios espirituales que practicaba Matovelle era bajo la modalidad de los ejercicios de San Ignacio de Loyola, práctica que es actual en la Congregación de Padres Oblatos hasta hoy. Aquí observamos a Matovelle en el marco de estos ejercicios, en donde el fin es encontrarse con el principio y fundamento de la vida: Dios.



Es algo extraordinario, súper humano, fuera del círculo de nuestras ideas, que despoja a la inteligencia de las formas materiales que le traen los sentidos para ver cómo se ven los ángeles, los espíritus puros. Es Dios que viste de su luz a la criatura que se esfuerza por servirlo. Matovelle siente un amor ardiente al Eterno Padre, nunca había sentido antes, tanto que le hizo pronunciar la muy dulce invocación del Padre Nuestro.

El amor a nosotros por nosotros mismos es una idolatría porque es rendir a la criatura un culto, un amor que no se le debe: Qui amat animam suam, perdet eam, (Jn 12, 25), el que se ama en esta forma pierde su alma, porque los hombres que así proceden se llenan de todos los vicios. Pero el amor a nosotros en Dios, el amarnos en la Imagen divina que en Jesucristo contempla el Eterno Padre, forma santos. Fuimos criados, redimidos y santificados para gloria de Dios. La conquista de nuestra alma para Dios es el primero de nuestros deberes. En esta conquista tenemos que odiar en nosotros todo lo que es criatura para dejar solo a Dios; qui odit animam suam in hoc mundo, in nitam aeternam custodit eam: el que aborrece a su alma para el mundo, la conserva para la vida eterna. A Santa Margarita exige Jesús que se humille, que se haga nada, para alzar sobre esa nada el edificio espiritual de su amor, sin que la gracia divina halle resistencia alguna en la libertad humana.

Para salvarnos tenemos que amar a Dios más que a nosotros mismos, y al prójimo como a nosotros, porque Dios Padre ve en cada prójimo, como en nosotros, la imagen predilecta de su Hijo, al que, por su vida dolorosa y sacrificio de la cruz nada puede negar. Él que por nosotros entregó a la muerte a su propio hijo, ¿cómo podrá negarnos cosa alguna que le pidamos?

Ante estas dulces verdades, Matovelle se esforzaba en anonadarse, en sacarse del pecho a sí mismo para dejar solo a Dios y en esta lucha, un día, mientras celebraba la Santa Misa, de súbito y vivísimamente vio cómo Cristo en la Comunión entraba en su pecho en forma de niño pequeñito y se escondía para llenarlo solo Él, sin dejar resquicio alguno a la criatura. Su pecho quedó convertido en fragua del amor divino, y con San Pablo pudo ya exclamar: *Vivo autem, jam non ego: vivit vero in me Christus*. No soy yo el que vivo, es Cristo el que vive en mí.

Como Cristo y el Padre son una misma cosa *ubi et pater, ibi et Filius et Spiritus Sanctus*, donde está el Padre está el Hijo y el Espíritu Santo, el pecho de Matovelle, como el pecho de todo hombre que vive en gracia, vino a ser la morada de la Santísima Trinidad ante quien en adoración se postran las jerarquías celestiales.



El misterio de la Trinidad Beatísima, dice Matovelle, “Ha sido el blanco de mis amores sobre todos los demás misterios, y acerca de Él, he recibido más luces y afectos que de ningún otro misterio. Paréceme que la Trinidad Beatísima habita constantemente en mi corazón, que en él se esconde como en pobre tabernáculo.



Matovelle iba un día de camino preocupado del amor que se debe rendir a la Santísima Trinidad, semejante en cuanto a la criatura humana es posible, el amor mutuo que se tienen las tres adorables personas. Quería compenetrarse de este amor, hacer de él su vida, llenar su corazón con la idea de que todas las obras de la naturaleza y la gracia no tienen otro fin que la glorificación divina. De repente ve tres globos de luz que no forman sino un sólo, en combate inefable de amor encendía el universo. Fuera del alcance de los sentidos penetra en el misterio de la Santísima Trinidad. ¿Cómo? La lengua humana no explica lo que está sobre la pobre inteligencia. Ve aquel a quien Dios concede esta dicha, pero no puede comunicarla, porque para ello sería menester dar a los hombres otro entendimiento y otra voluntad, sería necesario arrancar a los hombres sus sentidos para que viesen sin las formas de la materia.

“El misterio de la Trinidad Beatísima”, dice Matovelle, “Ha sido el blanco de mis amores sobre todos los demás misterios, y acerca de Él he recibido más luces y afectos que de ningún otro misterio”. Paréceme que la Trinidad Beatísima habita constantemente en mi corazón, que en él se esconde como en pobre tabernáculo. Dios uno y trino está en mi pobre alma, allí lo adoro sin trabajo alguno, en un abrir y cerrar de ojos, porque no hay reflexión sino visión: me basta verlo. ¡Pero ¡ay!

¡Cuántas veces me olvido de este huésped Divino que habita en mi pecho! Lo dejo solo y abandonado para ocuparme con mis criaturas ¡Si fuera fiel en guardar constantemente esta presencia de la Trinidad Beatísima en mi propia alma, pronto saldría de mis imperfecciones y pecados y sería un santo!

“Otra vez continúa el mismo Matovelle, iba también de camino, cuando vino a embriagarme una fragancia dulcísima, alcé los ojos y halle un árbol gigantesco de cactus con una hermosa flor que matizaba su hermosura: Candor est lucis aeternae; el Espíritu Santo era el aroma que derramaría su fragancia”.

Otro amor que ardió en Matovelle inflamado y vivo, en los primeros días de sacerdocio, fue el de la Santísima Virgen. “Era yo niño sin otro amparo que María” dice, “a Ella iba con confianza para que me socorriese, y no sé si por visión imaginativa o por acción natural de la fantasía, me representaba a mí mismo como un pequeñuelo vestido de túnica blanca dada por mi Madre del Cielo. Esa túnica era para mí una delicia. Con confianza de chiquitín me envolvía en el manto de la Virgen, descansaba en su pecho, me inclinaba en su cuello y la cubría de ósculos con todas las ternuras de un niño que tiene el Cielo en su Madre. ¿Por qué no imitar al niño Jesús en las caricias con que en la tierra regalaría a su Madre Santísima? Los hombres no queremos humillarnos, hacerlos niños ni aun



Esta imagen corresponde al ideal de santidad que tenía Matovelle, ve en los santos, ejemplos vivos de perfección cristiana, y anhela con todo su corazón, parecerse a ellos, con el ánimo de agradar a Dios, con todas las fuerzas de su alma.



tratándose de devoción y piedad, por esto nos privamos de los abrazos y caricias maternas de la Virgen Santísima. ¡Con cuánta justicia pone la Iglesia estas palabras en los labios de María: Si quis est parvulus veniat ad me: el que es niño venga a mí! Comprendí, entonces el sentido oculto de la frase del evangelio: Nisi efficiamini sicut parvuli non intrabitis in regnum coelorum; si no os hiciéreis como niños no entraréis en el reino de los cielos.

Por este esfuerzo en amar a la Virgen como la amaba Jesús, la Virgen le tomó por hijo, y Matovelle escribe “Jamás la he invocado sin haber sido socorrido, y lo que es más como dulcísima Madre se adelanta casi siempre a mis deseos y los previene, concediéndome sus bendiciones antes de que las solicite”.

Dice Matovelle, que los sentimientos piadosos y extraordinarios acerca de los diversos misterios de la religión son innumerables, tantos que, aunque quisiera recordarlos todos, no podría. Pero añade: La ingratitude para con Dios y mi torpe desidia han impedido, por desgracia, aprovecharme de beneficios que en cualquier otro, hubieran sido fuente copiosa de santificación. Dios Nuestro Señor en su infinita bondad se digne perdonarme mis pecados, y sin cansarse de mis infidelidades me conceda nuevamente sus preciosas luces y santas inspiraciones.

Solo Dios es bueno (Mt 19,7). Matovelle dice una verdad cuando al examinarse a sí mismo se contempla malo. Se había examinado bien. Conocía los últimos repliegues de su alma, no hallaba bondad en ella y la que hallaba la atribuía a Dios: nemo bonus nisi solus Deus; fuera de Dios nadie es bueno.

Solo los perversos y fariseos se examinan así mismos y se hallan buenos, porque no han aprendido la ciencia de conocerse, principio en que ya Sócrates, fundaba la Sabiduría ¡Conocerse a sí mismo! ¡Que ciencia tan difícil! Solo los santos la aprenden con perfección.

Ellos saben, porque lo sienten, porque lo ven, que sólo Dios es bueno, aún para los ingratos y malos (Lc 6, 35).

El hombre es la miseria, la nada, si con sus buenas obras quiere justificarse, lo condenará su propia boca, si quiere manifestarse inocente, Dios le convencerá de reo; y si en realidad es inocente, el mismo hombre lo ignora. Si alguna persona, por inspiración de lo alto, pudiera exclamar con San Pablo: la gracia de Dios no ha sido estéril en mí, antes he trabajado copiosamente; aún allí tendrá que añadir; pero no soy yo el que ha trabajado, sino la gracia divina que está conmigo: non ego autem, sed gratia Dei mecum.

Santa Margarita de Alacoque, que nunca manchó

su alma con culpa grave, escogida para manifestar al mundo los tesoros infinitos del Corazón de Jesús, recibió un día de Dios un cuadro donde se hallaba el compendio de lo que ella era en presencia del Creador, la vista fue tan horrible que no hubiera podido soportarla sin la misericordia divina, y espontáneamente lanzó este grito: “Dios mío, hacedme morir o apartad de mí tan horroroso cuadro”.

Si así es el alma de los justos cuando se juntan en ellos sólo lo que es criatura; ¿Cómo será la de los pecadores?

Las ingratitudes y las torpes desidias de que habla Matovelle, solo prueban el profundo conocimiento que tenía de sí mismo: no era un hipócrita que mentía, era un santo que hablaba la verdad en presencia de Dios, ante quien hasta los santos tienen mancha.

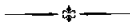
Pero sus ingratitudes y sus desidias no eran como las del común de los mortales sino como las de Margarita de Alacoque, Teresita del niño Jesús, San Francisco de Asís y tantas almas inflamadas del fuego del amor Divino.

Todas las cosas contribuyeron al bien de los que aman a Dios; aun los pecados en San Agustín, hacían conocer su miseria, no confiar en sus fuerzas y seguir humilde en el gozo y en el dolor; en los consuelos y

en las soledades por el camino del cumplimiento de los mandamientos, que es el modo como a Dios se le ama.

Con esta obra, nuestra intención es acercar a los lectores a la faceta del Venerable Padre Julio María Matovelle, como sacerdote, convertido en ofrenda viva para Dios, desde el concepto mismo de la oblación, en el cual, el ser humano no le ofrece cosas a Dios, sino su existencia, sus entrañas, el corazón.

Los invitamos ahora a disponer los ojos del corazón para deleitarse con la siguiente obra que se titula: “El poeta del cielo”, en la que tendremos la posibilidad de auscultar en la belleza de las letras, la inmensidad de la condición humana y de las realidades que a ella la circundan.



ISBN: 978-9942-8540-6-3



Oración por la pronta glorificación del Venerable P. Julio María Matovelle

Oh dulcísimo Jesús que os dignásteis elegir al Venerable Padre Julio María Matovelle para apóstol del reinado social de vuestro Divino Corazón y del Corazón Inmaculado de María, os rogamos le glorifiquéis otorgándonos por su intercesión la gracia que os pedimos (petición) juntamente con vuestro amor y el reinado completo de vuestro Sacratísimo Corazón. Amén.



Si usted recibe un favor de Dios por intercesión del Venerable Padre Julio María Matovelle comuníquese:

ECUADOR: Quito: Casa Generalicia:
Venezuela N11-263 y Matovelle
Telfs.: 258 2646 – 228 6014

COLOMBIA:
Bogotá: Calle 70A No. 7-63
Telf.: (0057) 24 93 414



@PadresOblatos



Misioneros Oblatos

www.oblatos.com

APP
PHYES

